



## “ES BUENO MANTENER OCULTO EL SECRETO DEL REY”

por fr. FRANCESCO DILEO

La coincidencia providencial que nos ha permitido conmemorar el octingentésimo aniversario de la estigmatización de San Francisco de Asís en el cuarto día de la novena en preparación de la fiesta litúrgica de San Pío de Pietrelcina, ha permitido a muchos, predicadores y comentaristas, poner en evidencia las analogías que han reunido las experiencias místicas de los dos elegidos por el Señor para volverse sus imágenes crucificadas, en otras épocas críticas de la historia de la humanidad.

Colocándola sobre la misma estela, quiero añadir una ulterior reflexión, en el mes en el cual la Iglesia conmemora la memoria del Patrón de Italia: los dos han custodiado el precioso don recibido por Dios en el cofre de la humildad. En la *Vida primera*, Tomás de Celano, refiriéndose a Francisco, escribe: “¡Cuán pocos fueron los que, en vida del siervo crucificado del Señor crucificado, merecieron contemplar la sagrada herida del costado! Pero afortunado Elías que de alguna manera pudo verla mientras vivía el Santo; y no menos feliz Rufino, que la tocó con sus manos: en cierta ocasión metió éste la mano en el seno del santísimo varón para darle friegas; se le deslizó la mano, como muchas veces acaece, hacia el lado derecho, y llegó a tocarle la preciosa cicatriz. Este

contacto produjo al santo de Dios tan agudo dolor, que, apartando la mano, pidió que el Señor se lo perdonara. Con tal industria ocultaba esto a las miradas de los extraños y tan recatadamente lo velaba a los más allegados, que los hermanos que estaban a su lado y sus más fervientes seguidores, lo ignoraron por mucho tiempo. Y, aunque este siervo y amigo del Altísimo se veía engalanado de tantas y tales margaritas cual preciosas gemas, y más adornado de gloria y honor que todos los hombres, no obstante, su corazón no se envanece ni buscó complacer a nadie para satisfacer deseos de vanagloria; antes bien, para evitar que el favor humano le robara la gracia donada, se esforzaba en ocultarlo por cuantos modos podía (2 Cel 135). También el Padre Pío, antes que el Santo Oficio le ordenase que “por ningún motivo muestre los llamados estigmas”, había preferido tener una actitud de gran reserva. Es más, cuando aparecieron los primeros signos en Pietrelcina, informó a su ministro provincial, el padre Benedetto de San Marco in Lamis, que era también su director espiritual, tras doce meses, admitiendo: “Este fenómeno se repite casi desde hace un año (...) No se inquiete sin embargo si se lo digo solo ahora por primera vez; porque me he dejado siempre convencer por la maldita vergüenza. ¡También ahora si supiera cuánta violencia tuve que hacerme para de-

círselo! (*Epist. I*, p. 233).

También después de la estigmatización permanente, acaecida en San Giovanni Rotondo el 20 de septiembre de 1918, “intentó esconder los signos de la pasión con las mangas del hábito y tomando entre los dedos los bordes de un chal (...); después le permitieron llevar guantes enteros y, al final, medios guantes” (*Los estigmas del Padre Pío de Pietrelcina*, p. 142), obedeciendo a la recomendación que, en 1911, le había escrito el padre Benedetto: “No manifieste nada a nadie porque es: *secretum Regis abscondere bonum est*”. Esta última frase, extraída del *Libro de Tobías* (12,7), hoy está traducida en las Sagradas Escrituras con: “Es bueno mantener oculto el secreto del rey” y puede ser iluminada por otro paso de la Biblia, no elegido por casualidad entre las lecturas de la memoria litúrgica de San Pío de Pietrelcina: “Que el sabio no se gloríe de su sabiduría, que el fuerte no se gloríe de su fuerza ni el rico se gloríe de su riqueza. El que quiera, que se gloríe de esto: de tener inteligencia y conocerme. Porque yo soy el Señor, el que practica fidelidad, el derecho y la justicia sobre la tierra. Sí, es eso lo que me agrada” (*Jer 9,22-23*).

Así ha vivido Francisco en Asís. Así ha vivido Pío en San Giovanni Rotondo. Así están llamados a vivir sus devotos. ❧

© derechos reservados